

# ¿Qué ha significado para mí, como laica, la espiritualidad ignaciana?

1

Conchita Arias y Simarro

La espiritualidad ignaciana es mi vida actual y no puedo separarla de todo mi hacer cotidiano, ni de mi propia historia. Puedo afirmar que es un modo de relacionarme con la realidad, con las personas, con Dios y conmigo misma; un modo que se ha hecho proceso a lo largo de mi historia personal: cambiando según las vivencias, evolucionando en tanto la he ido aprehendiendo, y profundizando con el estudio.

Como laica, no he contado con el apoyo de una infraestructura que me facilite tiempos para la oración o para el estudio; he tenido que hacer grandes esfuerzos para encontrarlos entre las múltiples actividades que he desempeñado a lo largo de los años, pero han valido la pena. Los laicos, por lo general, tampoco contamos con una infraestructura económica que nos permita dedicarnos a hacer el bien, sin preocuparnos de qué comeré, dónde viviré y con qué vestiré (y más, si hay hijos.) Sin embargo, el goce enorme de los encuentros amorosos con Dios, a través de la oración, ha hecho que busque y descubra esos tiempos tan necesarios y enriquecedores.

Mirando al pasado, puedo decir con satisfacción que logré un cierto equilibrio, entre muchas tensiones, para integrar y desarrollar mis distintas dimensiones humanas, junto con los variados roles que he jugado a través de los años: mujer, hija, hermana de 6, amiga, madre de 4, esposa de 1, académica (investigadora, maestra de cientos y administradora), abuela de 5, acompañante de Ejercicios Espirituales, facilitadora de retiros, maestra en temas de espiritualidad, entre otros.

Desde adolescente tuve grandes deseos de Dios. Muchas veces me he preguntado ¿de dónde vienen esos deseos? Me explico a mí misma que tengo nostalgia de Dios, es como si en el fondo de mi alma estuviera inscrita la huella de una experiencia de unión total con la divinidad y por ello constantemente busco recuperar esa relación que me hace sentir plena.

Las vivencias de ayudar a otros fueron decisivas. Era catequista a los 12 años y a los 15 formaba parte de una organización de jóvenes, en la cual realizábamos varias obras en colonias marginadas, como alfabetizar, catequizar o lo que se necesitara. También colaboré como voluntaria en un dispensario y como estaba tan convencida de que ayudar a otros favorecía la *“construcción del Reino”*, invitaba a mis amigos y amigas a que también colaboraran. Y hasta el día de hoy sigo realizando trabajo voluntario y motivando a otros a que regalen un poco de su tiempo porque la necesidad es grande...y mucho recibe el que nada espera.

**La espiritualidad ignaciana, la fui aprendiendo** desde la secundaria gracias a la formación que recibí con algunas religiosas: las madres auxiliaoras y las madres del Verbo Encarnado. Y más tarde, con los jesuitas de la universidad Iberoamericana al tiempo que estudié la licenciatura, la maestría y los años que fui docente. Desde los 18 años y hasta hoy siempre he estado en contacto con jesuitas y colaborando con ellos. A los 16 años tuve mi primera experiencia de Ejercicios Espirituales en completo silencio, y fue decisiva porque la gocé mucho y me sentí en comunicación con Dios. Desde esos primeros años supe que la respuesta a mis cuestionamientos existenciales la encontraría en la sabiduría de los evangelios de Jesús. Durante mis primeras

---

<sup>1</sup> Artículo aparecido en “Reflexiones Ignacianas” No. 7 del Centro Ignaciano de Espiritualidad, México

vivencias de voluntariado en mi juventud, también me convencía la coherencia que veía en la convivencia con las auxiliaadoras en su convento y verlas tan felices; además, me hizo apreciar la vida comunitaria (aunque nunca dudé de mi vocación a ser mamá), la cual idealicé por el hecho de que Jesús pasó los años de su vida pública formando una comunidad.

En la Ibero, siendo estudiante de historia, tomaba todas las clases complementarias sobre temas de teología y espiritualidad; también ayudaron las reflexiones cercanas con algunos jesuitas que fueron mis profesores que me enseñaron a ser crítica, a cuestionar todo, a hacer análisis de la realidad y más, todo lo cual, me ha servido mucho. Hoy día, busco des-aprender ese estilo para poder adentrarme en la práctica de la oración contemplativa (3er modo de orar) y ensayo el mirar como Dios ve su creación: <todo estaba muy bien>.

Realicé mi tesis de licenciatura sobre la Inquisición. Ingenuamente pensé que podría justificar sus acciones... De la investigación concluí que “uno de los más grandes errores que puede cometer una persona es creer que posee la verdad”. Y en ese error caen la mayoría de las religiones y, por lo mismo, algunos de sus representantes pierden el objetivo central de ayudar a sus fieles a re-ligar con Dios.

El movimiento del 68 me sorprendió “dormida” y en medio de las más diversas opiniones, pero gracias a la huelga en la UNAM fue que llegué a inscribirme a la UIA, lo cual ha sido definitivo para mi historia, sentido de vida y compromiso social. Al mismo tiempo que estudiaba historia, me dediqué a leer sobre teología de la liberación.

A esas alturas de la vida, me quedaba claro que Dios no me había dado la vida para hacer dinero y pasé la primera prueba cuando mi querido abuelo (catalán) insistió en ponerme un negocio cuando finalicé mis estudios de licenciatura, lo que no acepté. Ahora, 40 años después, compruebo que mi intuición fue correcta, siempre he tenido lo necesario y más: por supuesto que he trabajado arduamente para obtener los recursos para satisfacer mis necesidades y ayudar al gasto familiar, pero nunca he aceptado trabajos que me alejaran del proyecto de vida que decidí desde muy joven: colaborar en la realización del Reino; ayudar a otros a tomar conciencia de la realidad externa e interna, ser profeta de la alegría, difundir la sabiduría del Evangelio.

Siempre me gustó dar clases y lo preferí sobre el campo de la investigación histórica para el cual también tenía habilidades, pero ser maestra se combinaba estupendamente con mi sentido de vida. Siempre me he dedicado a realizar diversas labores que tienen que ver con la educación y la mayor parte del tiempo lo dediqué a la academia universitaria en universidades jesuitas.

La vida familiar muchas veces no va de la mano con la vida profesional y afirmo que lo he vivido entre constantes tensiones. A los 21 años me casé, a los 23 fui madre, a los 28 cambiamos la residencia familiar de México a Guadalajara para vivir en una ciudad menos violenta y que nos ofreciera mejor calidad de vida a nuestros hijos y a nosotros (lo cual logramos con éxito); a los 32 nació mi cuarto y último hijo. A las mujeres madres se nos complica más porque la cultura nos ha asignado el tradicional rol de hacer la comida, limpiar la casa, lavar la ropa, cuidar a los niños (afortunadamente, en el presente, las parejas se reparten más equitativamente las cargas de trabajo dentro y fuera del hogar). Defendí siempre mi desarrollo profesional, que ha ido ligado a mi sentido de vida, aunque en los tiempos de crianza de los hijos, siempre preferí atender el hogar y la familia: lo primordial era educar a mis hijos en la libertad y no en la obediencia. Hasta que el último de mis hijos entró a la primaria, yo acepté un trabajo de medio tiempo fijo.

Me ayudó mucho a seguir profundizando en la espiritualidad ignaciana el haber metido a mis hijos a estudiar en un colegio de inspiración ignaciana. El padre jesuita Pierre Faure fue el diseñador del método llamado “educación personalizada” y venía cada año al colegio que lleva su

nombre y daba cursos para la comunidad educativa, a través de los cuales fui aprendiendo sobre la pedagogía ignaciana (me tocó presenciar, en la década de los noventa, largas discusiones entre algunos jesuitas sobre el término de pedagogía ignaciana, ya que algunos opinaban que no se podía hablar de pedagogía, sino únicamente de filosofía ignaciana). Pierre Faure era un hombre sencillo, inteligente y alegre; él insistía en que la espiritualidad y la vida se tejen juntas y mientras se enseñan las diversas materias, se enseña a vivir la espiritualidad (educar para integrar). A partir de 1982 coordiné por varios años a un equipo de mamás voluntarias que impartíamos la educación en la fe (a pesar de la incongruencia con la teoría de Faure, pero respondiendo a la realidad cultural). Esa actividad (de unas cuantas horas a la semana) me permitía estar cercana a la vida escolar de mis hijos e incluso, me llevaba a mi bebé (al que amamantaba) a las reuniones. Mi función principal era formar a las mujeres en temas de espiritualidad y religión para que ellas, a su vez, educaran a sus hijos en una religión basada en el amor y no en el miedo. Recuerdo que usaba mucho los textos de Anthony de Mello para enseñar a orar. Me apoyaba otra mamá experta en Biblia (que había sido religiosa mercedaria).

Un par de años antes, formé parte del primer grupo que estudió e introdujo a Guadalajara el método catequético llamado “Buen Pastor”. Aprendí sobre la gran riqueza que tienen las parábolas y este conocimiento lo sumé, años más tarde con las investigaciones sobre cómo aprende el cerebro y cómo es que las metáforas favorecen el aprendizaje gracias a que facilitan la unión de ambos hemisferios cerebrales, igual que otras actividades como son: la meditación, la música clásica, la poesía de rima, algunas danzas. Al parecer Jesús, ya lo sabía, al igual que Ignacio de Loyola sabía sobre la importancia de la imaginación dentro de las actividades cerebrales, como el punto clave para la comunicación con la Trascendencia. Lo más relevante de esa experiencia fue el intento de vida comunitaria que se dio entre el grupo de familias que participábamos (nuevamente aparecía este tema en mi vida). Duró poco, pero fue muy significativo.

Siempre me han gustado los retiros y he procurado tener distintas experiencias.

Participo desde hace 18 años en un grupo de discernimiento y que ha sido muy importante para mí, tanto porque me he vivido acompañada en las buenas y en las malas, pero especialmente por las luces que me brindan mis compañeras. Yo aliento mucho a los grupos de amigas a que se formen como grupo de discernimiento y facilito estos procesos cuando me los piden.

La formación religiosa “de ojos abiertos”, el interés por la lectura y el estudio, el gusto por la reflexión y el amor a la verdad, la paz y la libertad los recibí desde niña en el ambiente familiar.

Ignacio de Loyola me ha ido enamorando conforme lo voy conociendo más y su método me parece realmente sabio y acertado para acercar a las creaturas con su creador. Comparto con san Ignacio el creer que los seres humanos estamos invitados a ser libres porque si no es imposible amar; el principio y fundamento es para mí un verdadero “manual de funcionamiento humano”.

**Él siempre me ha llamado**, aunque yo no sé decir cómo es Dios, pero desde mi experiencia personal, me ha ido abriendo puertas y mostrando el camino de su amor... Yo voy respondiendo en discernimiento a las invitaciones que, a través de los años han variado de profundidad y grado de conciencia; ha sido un proceso de despertar a la dimensión de lo divino humano. Por ejemplo, a los 12 años, una amiga con una abuela piadosa me invitaron a dar catecismo a niños de una colonia marginada: ellos me mostraron las sonrisas de Dios en sus caritas sucias y mocosas; a los 15 años, las hermanas auxiliaadoras me invitaron a colaborar con ellas y recibí una sólida formación; otra amiga me invitó a entrar a estudiar a la Ibero en lo que terminaba la huelga de la UNAM (1968). Mi paso (de 10 años) por esta universidad jesuita marcó definitivamente mi ser y

hacer. Recién egresada (1972) fui invitada a dar clases y participé en varios seminarios de investigación cursando la Maestría de Historia, entre ellos uno (dirigido por Edmundo O'Gorman) sobre los testimonios de los milagros realizados por la Virgen de Guadalupe en el siglo XVII (dejé de creer en los milagros mágicos; prefiero pensar que la vida en sí es un milagro).

En 1978 mi esposo y yo decidimos dejar el D.F. y salió la oportunidad de venir a Guadalajara, lo cual no dejó de agradecer porque en esta ciudad he tenido la fortuna de estar cercana a grandes maestros que facilitaron el desarrollo de mi vida espiritual y he colaborado con grupos e instituciones que me han dado experiencia, formación y trabajo en el campo de la espiritualidad (primordialmente del carisma ignaciano). He podido desarrollar una vida llena de amistades sinceras y que me han ayudado mucho a crecer como persona de manera integral. Y siguieron las invitaciones (de Dios): recién llegada, me pidieron colaborar como académica en ITESO, también me llamaron a coordinar la educación en la fe en el Instituto Pierre Faure. Para 1990 me ofrecieron un tiempo fijo en ITESO; unos años más tarde fui invitada a formar el Centro de Pedagogía Ignaciana. Empecé a dar retiros, fui elegida para formar parte en varios consejos de la universidad; en 1999 me pidieron que participara en Educación Continua desde donde pude influir en apoyar y crear varios programas académicos enfocados a las humanidades (como los diplomados de teología, filosofía, literatura, desarrollo humano, el ciclo de conferencias de Educar Educándonos que ofrece cada mes formación gratuita a la sociedad de nuestra ciudad, entre otros). Finalmente, me invitaron a colaborar con el Centro Universitario Ignaciano desde el cual se ofrecía formación ignaciana, retiros, conferencias, talleres a los alumnos y los profesores. La mayor parte de los años que estuve trabajando para esta universidad, me dediqué a dar formación a los profesores difundiendo y reflexionando junto con ellos la filosofía institucional y la pedagogía ignaciana. Fui coordinadora regional de los breves años que duró la RAI (red apostólica ignaciana) promovida por Javier (el Caporal) Saravia y en ella aprendí mucho.

En 2005 fui convocada a tomar el curso para acompañante de Ejercicios y, justamente al año siguiente, cuando fui invitada a colaborar con el Centro Ignaciano de Espiritualidad (CIE), también fui invitada a recibir mi jubilación adelantada en la universidad... ¡La gracia de Dios, siempre presente! de manera misteriosa y entre lágrimas y risas.

**Actualmente colaboro** en el CIE y me dedico a acompañar EEVO, ejercicios de 8 días (junto con algún sacerdote); acompaño retiros de fin de semana y retiros de un día (es una oferta nueva para las personas que tienen poco tiempo y que desean detenerse a revisar su vida <hacer una "pausa" en su ajetreada vida> y aprovechar el espacio para interiorizar: mirarse a sí mismas, discernir, orar y, principalmente es una oportunidad para ejercitarse en el arte de estar en silencio y gustar de él como lugar donde se favorece la escucha a sí mismo y a Dios). Me agrada decir que me dedico a facilitar procesos para ayudar a las personas que buscan liberarse de falsas creencias religiosas. Estoy convencida de que podemos ser más libres de lo que creemos y generar más belleza de lo que suponemos. También imparto clases sobre temas de espiritualidad y ha resultado una actividad en la que doy tanto como recibo: los cuestionamientos de los alumnos, reaniman a mis propios cuestionamientos y busco, junto con ellos, encontrar nuevas respuestas (me motivan muchísimo, además de ser una actividad que da sentido a mi vida). La mayoría de nuestros alumnos son mujeres de edad media y creo que justamente he resultado ser una buena acompañante gracias a que he pasado por muchas de las experiencias que ellas van pasando. Se sienten comprendidas y puedo entender lo que viven porque yo lo experimenté en algún momento de mi pasado o lo viví cercanamente en alguna amiga: a través de los años he tenido muchas de las mismas tentaciones que ellas y quizá hasta he caído en los mismos pecados; también me he sabido redimida, amada y bendecida, todo lo cual me ayuda a ser empática, a

mirarlas como Dios las miraría: con infinita ternura. Esto me permite saber que nunca es tarde para comenzar un proceso de conversión, que Dios siempre está con los brazos abiertos esperándonos y que, si nos abrimos a su amor, conoceremos la paz y el goce del amor incondicional que todo lo sana y Él será nuestro centro personal y comunitario.

Colaborar y trabajar en el CIE es una alegría y un gusto: me ha dado la oportunidad de sacar lo mejor de mí y compartirlo con muchas y diferentes personas; recibo y doy formación; es un espacio privilegiado para madurar en la fe, para el desarrollo de la creatividad y lugar de encuentros significativos; me han dado la confianza y libertad para ampliar los programas y generar nuevos proyectos. Me siento muy feliz de poder trabajar y colaborar en este Centro.

El CIE ofrece un espacio de trabajo que es muy sano, la colaboración entre laicos y jesuitas es muy horizontal, las decisiones se toman en equipos. El CIE atiende las muchas necesidades actuales de profundizar en lo espiritual (por la historia sabemos que ni la razón, ni el dinero, ni el dios mágico, ni los avances tecnológicos dan la solución a los complejos problemas humanos). El director del Centro, José Luis Serra, ha mostrado por años que sabe confiar en los laicos y los frutos se pueden apreciar fácilmente porque es un lugar con gran vitalidad, al que acuden cada vez más personas y que ofrece una oferta variada de cursos, retiros, liturgias, espacios para orar, acompañamientos tanto espirituales como psicológicos y de salud, etc.

Desde que leí *Sadhana* de Anthony de Mello, a los 31 años, sentí un fuerte llamado a formar y colaborar en un centro similar; ése ha sido el sueño de toda mi vida. El misterio infinito de Dios se vuelve a hacer presente cuando me doy cuenta que ese deseo se está haciendo realidad.

**Finalmente**, me gusta recordar en lo personal y cuando trabajo con grupos que soy peregrina, que estamos de paso y que la forma de caminar en este peregrinaje depende en mucho de la atención que preste tanto a mis acciones como a mi Creador; repetir constantemente la pregunta de Ignacio ¿a dónde voy y a qué? Procuró poner siempre alguna dinámica con el cuerpo para prepararse a la oración.

De los descubrimientos que he ido haciendo, uno de los que más me gusta es reconocer que no estoy invitada a ser perfecta, sino amorosa, compasiva. Quiero y procuro (con humildad y paciencia) ser canal del amor de Dios.

Mi oración se ha ido transformando de la petición (desde la carencia o lo que me falta) al agradecimiento (que es desde la abundancia) y de muchas palabras al silencio. En este momento de mi vida trato de vivir la contemplación para alcanzar amor..., me tomo en serio esta invitación de Ignacio.

No sé qué tanto han influido mis vivencias de estar cercana a la muerte para desarrollar con mayor fuerza este gusto por la espiritualidad, por el silencio, por la oración; esta una fuerza que me mueve por dentro y que me lleva a buscar el acercamiento y encuentro con mi Dios. El mismo Ignacio pone la suposición de una muerte cercana como elemento de ayuda para tomar una decisión importante. De lo único que podemos estar seguros es que la vida es frágil e incierta.

Hoy me doy cuenta de que mi opción de no participar desde una institución eclesial, o sea, no ser religiosa (ni sería mujer sacerdote) me da una gran libertad de acción.

Después de este largo caminar, entre búsquedas y exploraciones, estudios, retiros, diálogos, oraciones y más, concluyo –por experiencia sentida– que Dios siempre está presente, siempre escucha, siempre está ofreciendo su amor incondicional; que no necesito hacer, ni decirle nada, simplemente me hago consciente de su presencia y me dejo amar mientras le estoy amando (*ser para los demás*).